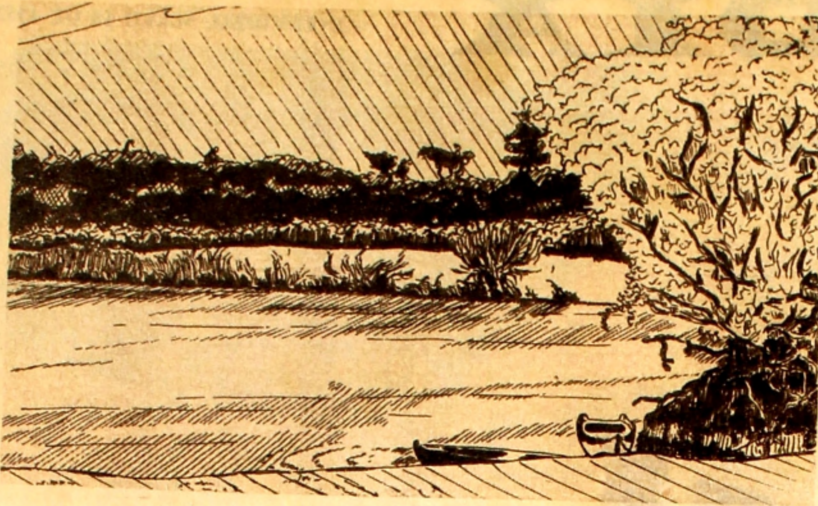
AÑO XXI. — Nº 1009. **EL DIA** MONTEVIDEO, MAYO 18 DE 1952



DEL CICLO CHOPINIANO.

Se han realizado en Montevideo diversos actos organizados por elementos representativos de la colonia polaca en el Uruguay, rememorando a Chopin en la fecha patria de Polonia, apareciendo en esta nota el realizado por la Escuela "México", presenciando los alumnos los bailes de los escolares de la clase de la profesora señora Martín.



Río Negro, remanso.

DESCUBRIMIENTO DEL RIO NEGRO

EL día 6 de febrero del año que corre, botamos la "Hum" y el "Koero" en el río Tacuarembó, mismo donde el arroyo San Gregorio le entrega sus aguas. La "Hum" es una canoa canadiense y el "Koero" una especie de chinchorro. Hum: primer nombre del Río Negro. Koero: palabra de vasto alcance en guaraní: mañana, amanecer, lo que será...

En nuestro plan no entraba el Tacuarembó. Pero cuando llegamos al Río Negro éste apenas era un hilo de agua que la tenaz seca apretaba todos los días. Decidimos subir hasta el Tacuarembó y por él descender hasta donde desemboca en el Río Negro.

Hasta el día 9 no partimos, pues tuvimos que resolver algo con respecto al "Koero", demasiado pequeño para el viaje. Somos dos hombres que tenemos por delante un largo camino, que haremos a remo.

El río está bajísimo y la marcha se inicia esquivando grandes piedras que quiebran el espejo. El sol comienza a carbonizarnos. No es su llama la que nos quema en la playa. Nosotros marchamos cumpliendo un trabajo y en el ritmo incesante de la remada nos va mordiendo sutil y despiadadamente.

Las aguas del Tacuarembó son dulcísimas con vetas azuladas. La floresta magnífica y espesa.

El día 12 pasamos la primer cachoeira —pequeño raudal—. De lejos oímos su ruído armonioso y vimos hervir la corriente. Las aguas huyen entre inmensas piedras patinadas y allí comienza nuestra primer labor de Hércules. Descargamos en medio del río, cinchamos la flota, sorteamos la cachoeira y a cargar de nuevo... Y así seguimos corriente abajo. A veces con la escuadra a rastras, a veces resbalando a fuerza de brazo. Encontramos a un monteador que se admira de nuestro propósito de llegar, en ese trote, hasta el Uruguay.

—¡Son ganas de remar, mesmo! —nos dice, con bastante piedad en sus ojos y en su acento. El cree que el compás de nuestros remos es como el de su hacha. Su cansancio no es igual al nuestro...

El último arrastre fué de casi 400 metros, penoso, agobiante. Pero allá adelante vimos que las aguas del Tacuarembó eran cortadas por una línea oscura: ¡el monte del Río Negro! Se nota, de lejos, su alta jerarquía. Lo saludamos reverentemente y al levantar un poco de sus aguas en un vaso observamos que son más oscuras que las del Tacuarembó, con una dulzura especial.

En una playa maravillosa alzamos la carpa. Mi compañero me ofrece un espectáculo insospechado. Allí en la ciudad era un ser inofensivo, apacible, manso. Pues bien: de pronto lo vi botar sobre la arena, emprender un correr raudo, tirarse sobre una mulita, quebrarle el pescuezo, sangrarla, abrirla y depositarla sobre el fuego que ya crepitaba. Estábamos en plena contemplación del paisaje y he ahí que ese instante estético fué malogrado por un imperioso mandato del instinto. Es que hemos retrocedido en la civilización, el estómago cobra un mando nuevo, la mirada se afila, el corazón se endurece. Somos nómades, cazadores, pescadores que necesitan vivir. Ahora nuestras manos poseen una violencia nueva y terrible... Pero este lúgubre (y desorbitado) pensamiento se esfuma ante la sin par belleza de la noche, blanca de plenilunio, ungida de bravos perfumes, musicalizada de coletazos de tarariras, gritos de zorros y cantos extraños.

El 14 de noche la hubimos con una tormenta avara en agua, pródiga en viento. Aleteó la carpa, voló todo lo volable...

Ya estamos cerca de Paso de Ramírez. El río se ha ensanchado extraordinariamente. Por eso decidimos improvisar una vela para el bote y llevar la "Hum" con la carga a remolque. Trabajamos toda la mañana y por la tarde nos damos el primer —y único— goce de la siesta. Panza arriba o panza abajo, contemplamos el proteico, tremendo, infinito y soberbio trabajo de la naturaleza. Sus explosiones, sus advenimientos, sus muertes, sus júbilos, sus tragedias. La eclosión de microscópicas flores, el duro camino de la hormiga, el saeteo de las avispas, la alegría carnavalesca de las mariposas, el cálido canto de la chicharra. Pasma y suspende la variedad de los insectos, sus formas, sus colores, sus hábitos. Levantamos una piedra y saltan grillos enormes, repugnantes cucarachas, alacranes irascibles. Y las arañas cazadoras que renuevan sus redes, los brillantes moscones que todo lo investigan, los guitarreros de vihuela monocorde, los misteriosos mamboretás...

Llegamos a Paso de Ramírez. Compramos papas, cebollas, reponemos la bodega en fin. Y seguimos. Nos cruzamos con el remolcador "Pedro Esquerré", del M.O.P., que manda el cap. Collazo. Más adelante nos cruzamos con 4 cazadores —o contrabandistas— que van en sendas chalanas de elegante forma, producto de un arte completamente crudo.

El 18 aprovechamos la vela, al fin, merced a un ventarrón. La flota patina sobre las aguas, dándonos un goce nuevo. Cada vez más ancha e imponente la gran arteria. ¡Qué vía, qué fortuna en ella! Nuestro trabajo se vuelve por momentos cansador, pero nunca monótono. Rompemos el silencio, hablamos, calculamos el porvenir de esta ruta que vamos haciendo y se lo damos grande, efectivo, afortunado. El hombre sabrá aprovechar bien este camino fabuloso.

Ya la selva semisumergida nos dice, con su línea interminable y trágica, del antiguo cauce del río. Es espesa a veces; la fantástica obra del hombre no ha podido abatirla del todo. Pero está seca, esquelética, como petrificada. Hay pedazos que impresionan. Es todo un monte que ha agonizado y muerto, pero que aún permanece para clamar su tragedia. Todas las aves le huyen. Sólo inmóviles biguás la motean de negro, haciéndola más sombría.

El 20 llegamos a San Gregorio. Allí, el capitán del "Pedro Esquerré" nos da valiosas referencias para el camino del lago que tenemos que atravesar. Duda de que lo hagamos. Y nos obsequia con un salvavidas...

Empezamos por los dos primeros. Punta de Beisso y La Tapera.

Impone la vastedad del lago, la selva que se va hundiendo, las islas lejanas, la ausencia del hombre. Hasta que al cabo de unas horas de remo, mi compañero, más zahorí que yo en eso de los puntos, avizora La Tapera. Es una casa que las crecidas del lago han desbordado. Las gentes que en ella vivieron, se fueron. Sólo queda un gato que se ha vuelto salvaje...

Tercer referencia: Cerro de Loaces. Y así, remando, remando, cumpliendo el plan, doblamos Punta de Médanos, cruzamos el eucaliptus y atravesamos por entre las columnas. El eucaliptus, señero y seco en medio de las aguas ilimites; lo saludamos. Las columnas, que marcan el paso para navíos de calado; también las saludamos. Y allá adelante, blanqueando en la lejanía, Rincón del Bonete. El 28 de febrero terminamos con la primer etapa de nuestro viaje.

¿Y bien? ¿Qué Río Negro hemos descubierto? Un Río Negro fabulosamente promisorio, lo repetimos, arteria extraordinaria que en breve vitalizará la economía del Estado. Hoy... nosotros hemos ido por las aguas durante muchos días. Sin embargo, sólo 6 seres humanos hemos visto en todo el largo de la ruta. La magnífica soledad que hemos vivido nos ha impresionado hasta lo hondo. Pero tenemos la esperanza de que mañana conmoverá estas aguas el ardiente trabajo del hombre.



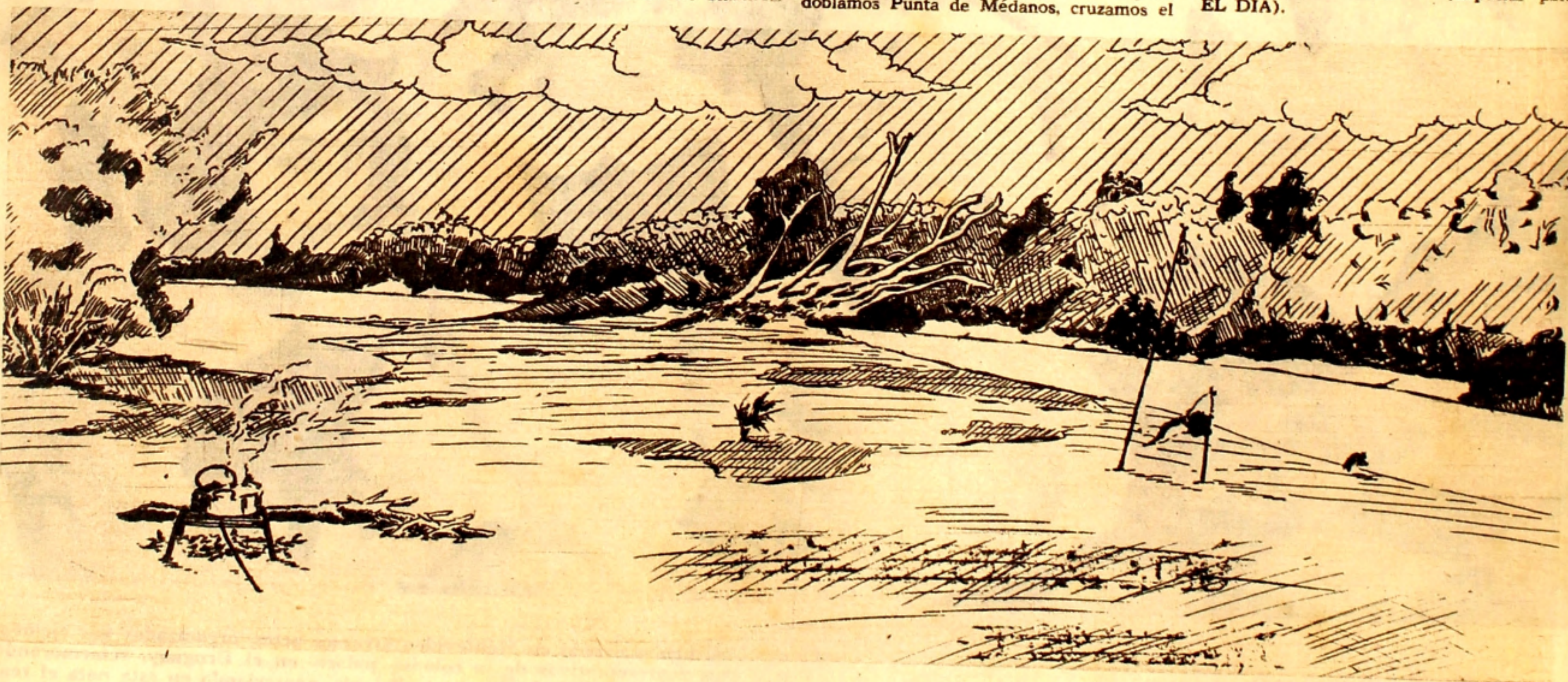
Tres etapas del viaje

¿Y a los niños de nuestras escuelas, para quienes escribiremos un libro en el que irán nuestras impresiones, qué les diremos? Mucho. Ese es el Río Negro que hemos descubierto. Un Río Negro que guardamos para ellos.

Ya que he nombrado ríos, islas y pueblos, nombraré a Elbio Lorenzo, mi heroico compañero. Lo de heroico no es exageración: hay que pasar casi un mes remando, cazando, pescando... y cocinando, para dar la medida justa, en un vocablo, de estos trabajos.

José MONEGAL.

Dibujos del autor. — (Especial para EL DIA).



Río Tacuarembó. Punta de Arena.

ES difícil sentir la realidad de dos cosas opuestas, más aún si estas "cosas" son sentimientos. Cuando se dice con Manrique que todo tiempo pasado fué mejor, y cuando ponemos oído a los tropeles de trines de Rubén Darío y a sus grandes voces a la juventud y a la esperanza, nos parecen inconciliables simultáneamente. Sin embargo, hay vidas que son síntesis de esos dos estados y van llevando en ellas el sentimiento del pasado, que les impregna melancólicamente los recuerdos más lejanos y la vibración trascendente de la obra que les hace vivir la hora actual con intensidad de torbellino.

Porque este hecho, aparentemente inconciliable al tratar de fijar normas de acción, se cumple siempre en donde ha pasado una ansiedad nacida por amor a lo que nos rodea. Entonces pasado y presente pierden el sentido temporal y sólo percibimos en aquellas "cosas" algo que escapó de una de las tiranías eternas que nos envuelven, la última *ratio* de nuestra vida: la emoción



La Torre del Vigía.



La iglesia desde el Cuartel de Dragones.

DE LOS DIAS, LAS HORAS Y EL ARTE

MARIO E. DE COLA

de la belleza. Esta persecución de lo inasible del espíritu que queremos llevar a la materia plástica, a la poética, o a la música, se realiza casi siempre en forma instintiva en una hora de nuestra vida que llamamos juventud (no tiene edad, en verdad, pues sólo está constituída por la pasión) y es permanente en el mundo porque en cada siglo recibe su impulso dominador. Esa transformación nos da sus hombres tipos y deja estados de alma que se propagan como las ondas en las aguas de los lagos en las cuales ha caído una piedra. Son Bach o Goethe, Beethoven o Victor Hugo, Rodin o Verlaine, y viven en nosotros con cada pincelada musical de Cezane y Renoir, y cantarán siempre en la dulzura de Mozart y los colores orquestales de Debussy.

Ayer ha llegado uno de estos jóvenes a Maldonado. Nada hay en él que obligue a una adjetivación excesiva: no parece genio. Sólo que tiene la mirada admirada frente a las cosas y vaga los ojos sobre ellas como soñando. Y esto permite afirmar que la realidad ocupa en él una intimidad profunda hasta darle un tono original. Apenas se acerca a un paisaje, este joven pintor se siente dominado. El "motivo" le transmite una honda embriaguez, permitiéndole una compenetración intuitiva de los valores pictóricos. Como es muy sincero con sus emociones, ocurre algo poco vulgar: cada paisaje lo siente en forma totalmente viva y espiritual. Halla el objeto pero le extravasa su alma propia hasta el punto que para interpretarlo y no extraviar su sentido, recurre a técnicas diversas. Hubiera sido esta forma de manifestarse una sorpresa para quien esto escribe si, a propósito de obras literarias, no lo hubiera dicho ya Suárez Calimano con motivo de una "novela" de Maldonado tratada como un poema, es decir, huyendo de la técnica obligada de los cánones novelísticos para diluir los tonos fuertes de la trama dramática a fin de dejar acentuados los finos estados de conciencia de los personajes. Así De Cola hace con los motivos de Maldonado. Frente a algunos de ellos, siente que sólo pueden desenvolverse en tonos suaves y grises, dejando "hablar" a las cosas. La Torre del Vigía, con su historia patética y secular, mostrando el milagro de su supervivencia entre todos los monumentos militares y exhibiendo la vida esteña, trágica, abandonada, heroica. No concebimos que la Torre del Vigía pueda ser únicamente un "motivo" pictórico si al transformarse en ello desaparece la página de historia que ha guardado. No admitimos que el retrato de nuestro anciano padre deje de mostrarnos sus cicatrices y arrugas que nos dan la presencia de una vida de sacrificios, para disolver esos signos elocuentes en un tono cualquiera de color porque de esa manera se alcanza una demostración pictórica. Lo "pictórico" debe llegar "además" en ciertos cuadros que reflejan sumas de valores psicológicos o morales, y el retrato jamás dejará de representar objetivamente la persona, y más aún si se la representa psicológica y moralmente, pues la materia brilla más poderosa, sublimada, aún a través de los rasgos físicos si en ellos palpita el alma.

Los que desean deshumanizar el arte hallarán estos argumentos atentatorios contra el camino que buscan, pues preconizan la disolución de todo lazo que lo vincule al pasado y siguiendo este razonamiento juzgan que debe ser abolida la pintura interpretativa de ambiente histórico, la cual debe ser llenada por la fotografía.

Pero solamente un arte sutil y una fineza de sensibilidad que salva los tiempos, puede alcanzar a mostrarnos esa palpitación común que unió hombres y cosas en un período que fué. Si se quiere argumentar que esta forma expresiva repugna al arte abstracto, como puede hacerlo una anécdota vulgar al verdadero pintor, debemos recordar que las abstracciones puras no pueden, sin una contradicción, querer representar individuos desentendiéndose de los individuos.

Llegamos así a ver como estos criterios se interfieren en ciertas áreas de influencias propias y se cae en una confusión aparente de la cual no siempre es posible liberarse. Decimos confusión aparente porque sólo por un exceso de celo podemos pretender que se tome como un atentado el hecho de querer representar un objeto, las características de una persona, el espíritu de un monumento o una ciudad, en lo que ellos tienen de intraducible por los medios mecánicos. La misma noble arquitectura debe callar cuando se invocan tales derechos, pues no se trata únicamente de líneas sino de almas. Y una nación siente que la va creando a través de las manifestaciones artísticas, cualesquiera que ellas sean y en cierto momento su voz es la voz de un pueblo. Al ver la iglesia de Maldonado y la Torre del Vigía "traducida" a nuestros sueños, olvidamos las escuelas. Sólo hallamos que un cielo casi plateado desciende sobre nuestras cosas grises y diríase que entre la finísima bruma que escapa de las líneas vagan larvas borrosas que se deslizan en una existencia que no conocimos. Esta emoción no pertenece al dominio de la crítica pictórica. Su valor deseo ignorarlo. Sólo sé que me lleva al ensueño y me hace amar las cosas de mi patria. Por ello es necesario traer el nombre de estos jóvenes pintores que en su lujosa bohemia sin recursos materiales que la sostengan, se permiten exhibir lo más rico e inhallable de las joyas espirituales: independencia, sensibilidad, corazón.

La ductilidad de un pintor, tal como Venraza la busca y estima, se presenta en De Cola claramente. Pasa del tema que le exigió una técnica verista, respetuosa de ciertas líneas fundamentales en lo clásico, a otro que se impregna sólo del color, dejando de lado detalles que no sirven al colorido. Así, delante de una fuente de Maldonado, no copió en rigor las formas, sino que nos tradujo algo muy diverso: la sinfonía de colores por él hallada; verdes de la fronda que la cubría, esmeraldas profundos del espejo de agua, claridades rotas de jirones de sol que estaballan a su alrededor por los huecos que el otoño abría en todos los árboles. Y la ductilidad que le permite ahondar cada tema y cambiar de técnica no se adquiere en ninguna escuela, si no se lleva a ella la disposición orgánica. Por esta razón creemos que De Cola puede alcanzar valores insospechados y fijar etapas de perfeccionamiento que sólo pueden ser quebradas parcialmente por la lucha por la vida que le es preciso sostener.

R. Francisco MAZZONI.

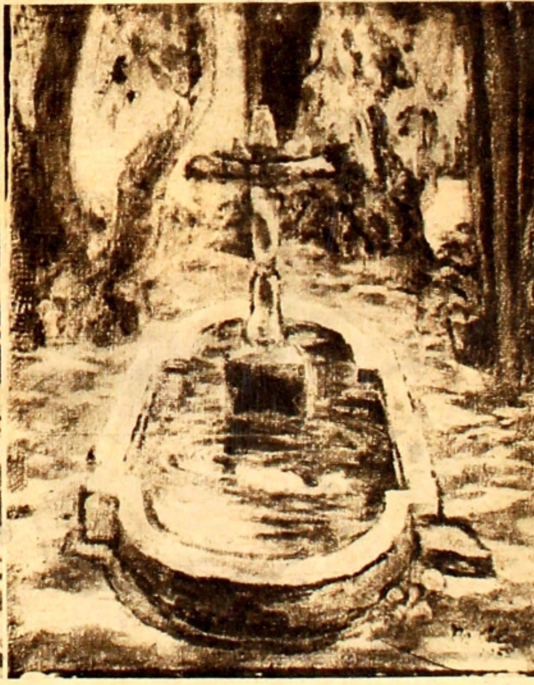
Maldonado, 1952. — Fotografías del autor. — (Especial para EL DIA).



Un patio romántico y colonial de Maldonado.



Mario E. De Cola



La fuente.



La tradicional carret... ...zandose por una carretera moderna (cerca de Aiguá) muy decorativa y evocadora.

POR QUE NOS CONOCEN MAL EN EL EXTRANJERO

TODOS los días escuchamos alguna conversación en la que se denuncia la sorprendente igno ancia que en el extranjero se tiene de nuestro país, excepción hecha de algunos medios muy cultos. En tales relatos, muchos de ellos veraces, se destaca la lamentable confusión que se tiene, por ejemplo, acerca de la población del interior de nuestra República, hasta el punto de afirmarse que existen indios y mestizos; que nuestros campos, dedicados a la cría de ganado, están poblados de gente semisalvaje, etc. En un anuario norteamericano correspondiente a los últimos años, pude leer pe sonalmente que el Uruguay contaba con determinado porcentaje de mestizos y de indígenas, hecho que comuniqué inmediatamente a personas responsables para que se realizara la debida corrección. Aparte de esto, hasta en tratados de geografía, como el de Schmieder, editado en Méjico, nuestro país aparece perdido en la región pampeana, sin merece ni siquiera un título que destaque su condición de nación independiente, a pesar de ser uno de los primeros países de Sur América por la intensidad de su comercio, por el nivel social y económico de sus habitantes y por su desarrollo cultural.

Luego están las tan mentadas confusiones del Uruguay con el Paraguay, y gruesos er ores acerca de nuestra actividad económica, habiendo libros que para llenar los mapitas que los ilustran ponen la palabra durazno en pleno campo de pastoreo de la parte central del depar amento de Durazno, carbón en las inmediaciones de la Laguna Negra (debe ser por el color de la laguna, o tal vez por la presencia de tu ba); en el diccionario Larousse se dice textualmente que el Uruguay produce café (para nosotros esto sería grave, pues la fabricación del café en el país escaparía al contralor del Estado, ya que cultivos no se ven por ninguna parte); en un mapa del país de De Forrest, la localidad de Valle Edén aparece como capital del depa tamento de Tacuarembó.

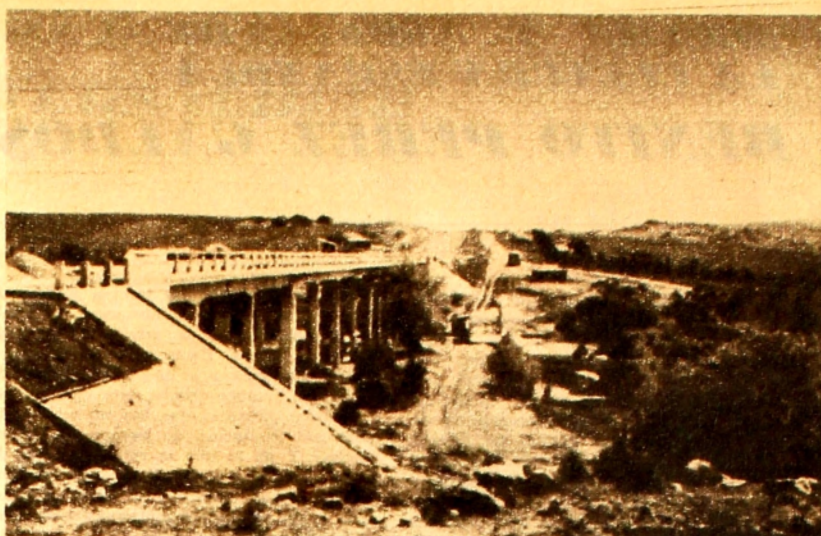
Estas falsas apreciaciones son alarmantes, pero tienen su origen en gran parte en nuestra propia insuficiencia para presentar en el extranjero a una tierra que queremos mucho, pero que en gene al conocemos muy poco, y lo peor de todo, que pretendemos a veces conocer. El Estado debería controlar severamente la forma cómo el país es presentado en el exterior. Por ejemplo, una prestigiosa revista norteamericana, en preciosas láminas a todo colo , nos pinta como pueblo donde parecería que abundaran los gauchos usando chiripá y que la carreta fuera un elemento insustituíble para el transporte, aparte de otros hechos que, interesantes por lo espectaculares, no son tan propios del Uruguay moderno como algunos espí itus estrechos aún sostienen. Todo el mundo considera a la carreta como un medio de transporte tradicional, que ha hecho su época; pero es un anacronismo pensar que hoy sigue siendo un elemento típico, en un país donde circulan los veloces motocares, donde existen líneas de aviación propias, donde los establecimientos agropecuarios poseen unos tres mil



Viviendas construidas casi totalmente con travesaños de madera y totora, instaladas sobre una altura en terrenos anegadizos próximos a Lascano.



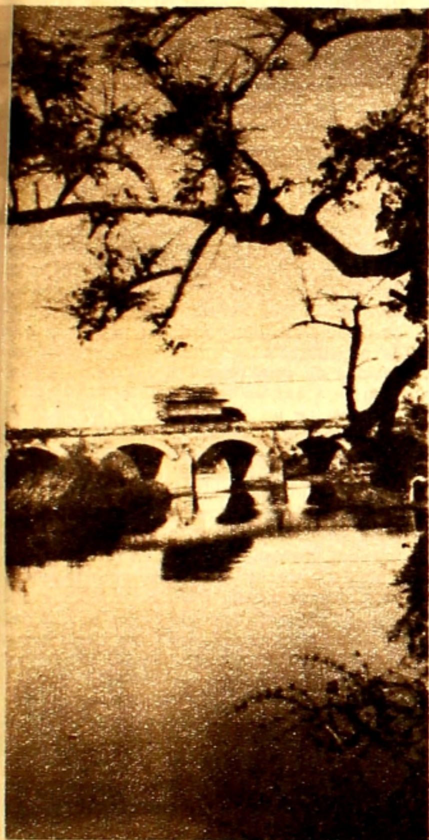
Alegría de los niños en un edificio escolar moderno, amplio, bien aireado y pleno de luz (Artigas).



Construcción rápida de un moderno y resistente puente sobre el río Tacuarí, en el Paso de las Bochas.

camiones y casi siete mil automóviles de trabajo, aparte de un considerable número de ca ruajes de tracción animal, modernos y eficaces.

Alguien argumentará que los geógrafos, para caracterizar una comarca, deben destacar lo que es llamativo en ella y lo que es como un resultado de la acción del medio sobre el hombre. Por ejemplo, al presentar los tipos de vivienda deberán referirse especialmente a la casa pob.e, que es la que evidencia mejor aquella relación con el medio. Esta manera de considerar las cosas es lo que ha provocado en parte el descrédito de la geografía, a la que algunos niegan la categoría de ciencia (con gran alegría de los charlatanes, que de cualquier tema hacen geografía). Si los geógrafos han de tomar como característico de un país lo que es p oducto del hombre que vive sometido a la naturaleza, tendrían que dedicarse exclusivamente a los pueblos de bajo nivel cultural y nada tendrían que hacer en el mundo civilizado. La geografía debe estudiar toda la realidad, considerando también las realizaciones humanas, vale decir, la reacción sobre el medio, y esta reacción es bastante notable en nuestro país, particularmente en las zonas ag ícolas y de ganadería intensiva.



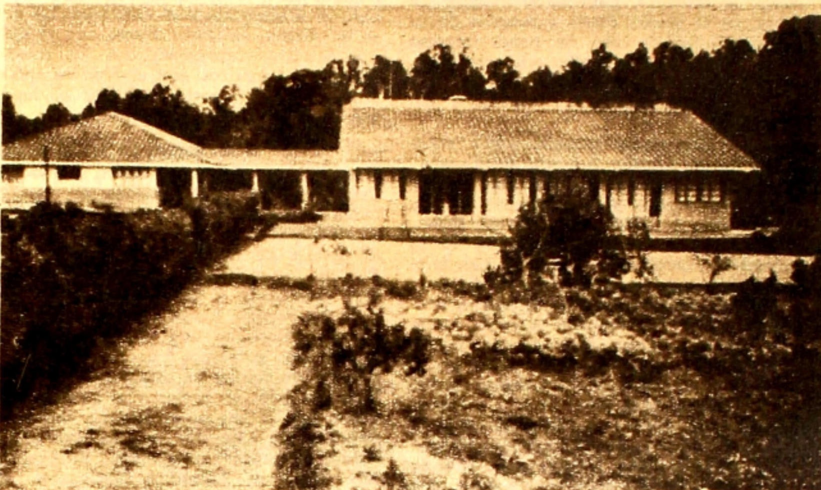
Puente Castells, sobre el Arroyo de las Víboras.

Otro mal que también ha gravitado para que nos desconozcan en el extranjero, ha sido y es, la incompetencia de nues ros geógrafos, que todos los días nos dan alguna conferencia basada en la lectura de un libro o una revista extranjera, y que poco se preocupan de las cosas y hechos que ocurren en su propio país. También el Estado debería incidir sob e este tipo de actividad, haciendo responsables a las personas que ocupando determinados ca gos, constituyen a veces obstáculos al progreso del conocimiento geográfico de nuestro territorio.

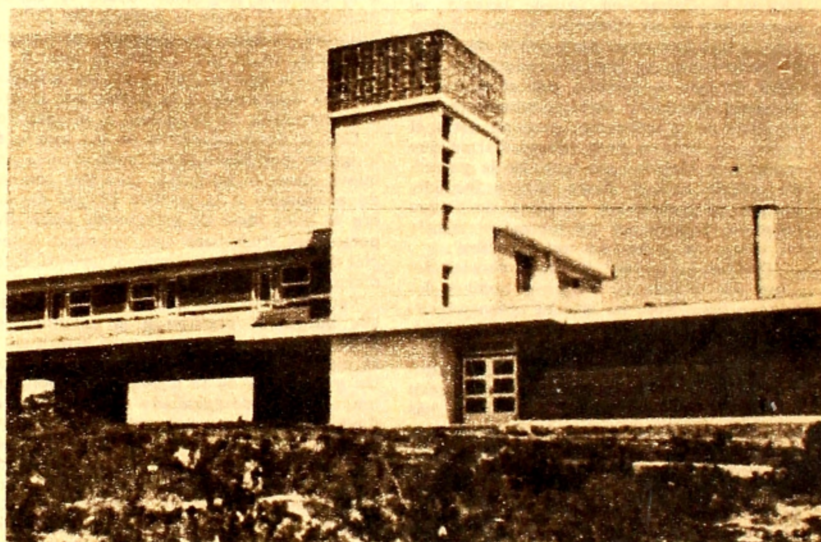
En conclusión, si nos conocen mal en el extranjero, es porque nosot os mismos tenemos de ello la culpa. Si hasta hemos pretendido hacer de los rancheríos un problema geográfico y no social, haciendo responsable a la estructura geológica de la proliferación de las viviendas insalubres y del hacinamiento humano en antros miserables y de baja mo al. Debiéramos atacar el problema de frente y no echa le la culpa a las areniscas y al basamento cristalino; además, habría que hablar menos, dejar de fatigar al público con anuncios espectaculares en la prensa sobre problemas que en el Uruguay no existen o son muy relativos o no competen a la geografía, y ponerse, como decía Voltaire en su "Cándido y el Optimismo", a lab ar la tierra tranquilamente, callando prudentemente. Tal vez el país lo agradecería

Jorge **CHEBATAROFF.**

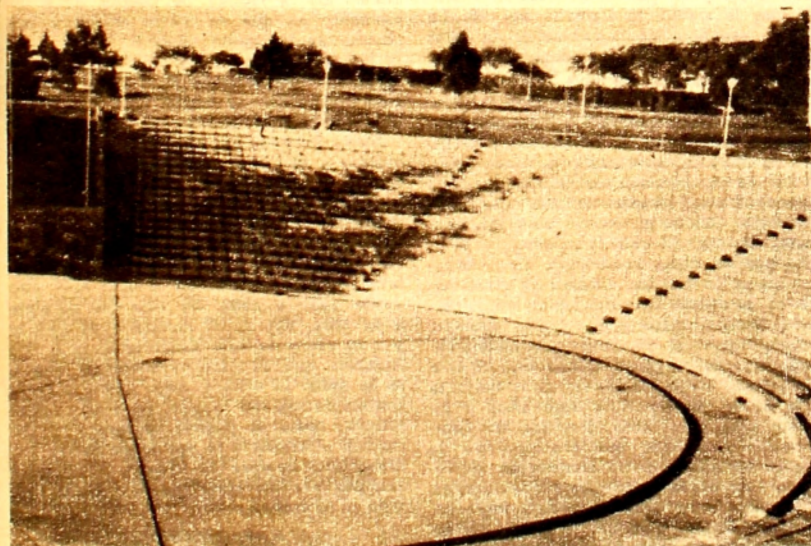
Especial para **EL DIA.** — (Fotografías del autor).



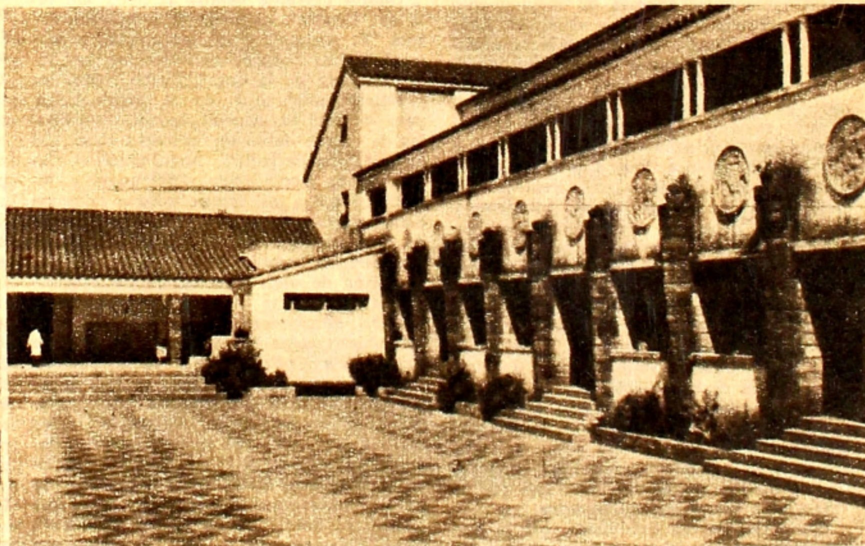
Escuela granja en los alrededores de Melo.



Moderno parador en Punta Gorda (Colonia), sobre un acantilado desde el que se divisa el delta del Paraná.



El Teatro de Verano en los alrededores de Fray Bentos.



Patio de una escuela en la ciudad de Artigas.

DRAMA Y AGONIA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

BENITO PEREZ GALDOS



Monumento a Pérez Galdos, obra del notable escultor Victorio Macho.

EL diez de mayo se cumplió el ciento nueve aniversario del nacimiento de Don Benito Pérez Galdós en Las Palmas (Canarias). Hizo estudios de escuela primaria e instituto en su ciudad natal y a los veinte años aparece como pésimo estudiante de leyes en la Universidad de Madrid. Pero desde la capital de España la magia recreativa de su estilo fué diversificándose en ondas por toda la península hasta condensarla en treinta y dos novelas, veinticuatro obras teatrales, cuarenta y seis Episodios Nacionales y quince tomos de crónicas y artículos periodísticos. Su obra en volumen alcanza unos ciento treinta tomos, en los que no se incluyen miles de artículos, publicados, muchos sin firma, en la prensa diaria y revistas de su tiempo. Este conjunto de papel impreso sirvió para dar vida a ocho mil personajes. Tal es su estadística, si es que la obra de un genio puede condensarse en signos matemáticos.

Galdós aparece ya como el genio humilde de la renovación literaria de España. Contemporáneos suyos fueron Juan Valera, Pedro de Alarcón, José María de Pereda, Clarín, Palacio Valdés y la Pardo Bazán. Pero todos ellos son fragmentarios en su captación y realización literaria. Les faltó la santa humildad galdosiana, el descenso al infierno de los hombres. Tuvieron miedo al pecado, y el egoísmo de su salvación les aisló del mundo trascendente de las realidades.

En la humildad de Galdós hemos de hallar su fuerza. Menéndez Pelayo lo interpretaba así: "Pocos novelistas de Europa le igualan en lo trascendental de las concepciones, y ninguno le supera en riqueza inventiva. Su vena es tan caudalosa, que no puede por menos de correr turbia a veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles. Si Balzac, en vez de levantar el monumento de su "Comedia Humana", con todo lo que hay en él de endeble, de tosco, de monstruoso, se hubiera reducido a escribir un par de novelas por el estilo de "Eugenia Grandet", sería, ciertamente, un novelista muy estimable; pero no sería el genial, opulento y desbordante Balzac que conocemos. Galdós, que tanto se le parece, no valdría más si fuera menos fecundo, porque su fecundidad es signo de fuerza creadora, y sólo por la fuerza se triunfa en literatura, como en todas partes".

¿Qué es la fuerza? Es un potencial del alma, una virtud, por la que el hombre domina y crea. Pero en arte el potencial virtuoso del alma se hace substancia del hombre y de las cosas penetrando en ellos, haciéndose realidad de sus propias criaturas. Pocos novelistas o dramaturgos poseen esta virtud de descendimiento. A lo más se dedican a imaginar o a contemplar, pero contemplar imaginándose ellos mismos como personajes de su propia obra, desdoblándose en entes artísticos, es mérito que proyectan sobre el mundo, un Balzac, un Dostoyevski, un Galdós, y pocos más en el panorama internacional de la literatura.

La compenetración galdosiana con su pueblo dió a su obra significación épica. Pero había en él, además, un acoplamiento de tiempo con el hombre y el medio. Toda la obra de Galdós es una perfecta armonía de tiempo, hombre y lugar, cumpliendo el mandato permanente de la creación artística. Se desvanecieron del ambiente literario español lo convencional de un romanticismo declamativo, para dar paso a la realidad artística. Pero una realidad enquistada como problema en la realidad política española. Y esa fué su dramática y su agonía, esparcida por todos los escenarios de España y sembrada a voleo literario en todas las conciencias. Recordemos los triunfos de "El Abuelo", "La Loca de la Casa", "Celia en los Infiernos" y "Electra". Su triunfo no sólo fué la correlación de una emoción estética con la sensibilidad de un público, sino, a la vez, la compenetración de unos temas con la voluntad de resurgimiento de un pueblo. Galdós no sólo hablaba a la sensibilidad estética sino también, y de una manera deliberada, imperativa, a la conciencia política, social y moral de sus contemporáneos. Ese fué su ideal y su fuerza incomprendidos.

Pero Galdós iba igualmente, con la misma intensidad temática, a los símbolos. En este aspecto existe una torcida interpretación crítica de valores literarios. Se habla del hombre masa, de arte de masas, de teatro de masas. Estas inquietudes aparecen en oposición a lo que se ha convenido en llamar hombre clásico, arte clásico, teatro clásico. ¿Pero es que hay un arte inmutable, sin limitación de tiempo y circunstancias? Y en lo que se refiere al arte de masas ¿por qué el término ha de referirse únicamente al hombre como entidad social en la época capitalista contemporánea? Hay un hombre masa religioso con su respectivo teatro de masas en los templos, como hay un hombre masa militar con su teatro de milicia, y lo que es peyorativo para el hombre económico ha de serlo igualmente para el eclesiástico y el castrense. La vida es un drama, un vasto drama que el hombre colectivo representa con los mismos elementos temáticos que el hombre individual. Lo que importa es hallar el fundamento dramático de los temas.

Y esa fué la dramática de Galdós. Aparecen sus novelas y su teatro cuando en España inciden posibilidades de resurgimiento económico, en el proceso de una continua perturbación social patrocinada por los golpes de Estado de la casta militar. Cuando un pueblo no hace su revolución vive condenado a una continua perturbación. En España, los perturbadores del progreso institucional fueron siempre los militares. Los gobiernos liberales cometieron el error de confiar su estabilidad a los militares, y éstos no hacían sino gobernar *pro domo sua*. ¿Cómo se enfrentaba Galdós literariamente ante esta contradicción estancadora del proceso institucional de España? Ahí están sus Episodios Nacionales, sus novelas y sus dramas. Todo nuestro siglo XIX fué la lucha del espíritu liberal contra la reacción. Desde las Cortes de Cádiz a la Primera República, desde la Constitución del 77 hasta la pérdida de Cuba y Filipinas, Galdós nos presenta una pugna constante, en la que triunfa el espíritu liberal en la guerra civil y en los comicios, pero es desplazado a la postre por la presión cortesana de la iglesia y el ejército.

Con la desamortización de los bienes de la iglesia por Mendizabal, pudo crearse una nueva clase, la burguesa, para dar contenido económico a la política liberal. Galdós era el líder ideal de esta nueva clase. Sus personajes simbolizan una voluntad potencial de predominio del nuevo espíritu. Ellos dicen a su clase: enriqueceos, pero luchad y venced. Pero más que la lucha, los nuevos burgueses prefirieron el acomodo, se entregaron al clero como cura espiritual y al ejército como instrumento de gobierno. Un gobernante de la nueva clase, Don Antonio Maura, desengañado de todo, dijo al final, refiriéndose a los militares: "que gobiernen los que no dejan gobernan". Y esa fué la mentalidad de su clase, con tal de no perder sus prerrogativas de mediocridad dorada, dejaron la dirección del Estado en manos del ejército como guardián de sus intereses. Fué una clase social que se entregó a los representantes de la mentalidad oligárquica sin presentar combate.

Galdós presentó batalla al clero; ahí está su "Electra", al prejuicio nobiliario; ahí está "El Abuelo", a la mediocridad económica de una burguesía provinciana; ahí esta "La Loca de la Casa". Luchó contra los prejuicios anuladores de la personalidad, para desatar las nuevas fuerzas espirituales de la que debió ser la nueva clase; ahí están "Doña Perfecta", "Angel Guerra", "La Familia de León Roch", "Fortunata y Jacinta" y todas las demás, porque la novelística de Galdós se refiere al cuerpo vivo de la sociedad como un mensaje de realizaciones inaplazables. Puso en vilo la indignación de unos y otros, de los reaccionarios, por verse retratados en toda su miseria estancadora, de los liberales, al ver objetivizadas las causas del atraso de España. Pero estos últimos ya no estaban vinculados a una clase social en crecimiento sino que eran una minoría con inquietudes intelectuales sin influencia en las corrientes sociales que se disputaban el dominio del Estado. Por eso, Galdós, apóstol de la burguesía liberal, vió desplazarse su público hacia zonas más radicales, a las que ofreció su drama "Celia en los infiernos", como demostración de que, si una clase habia retrocedido hacia una mentalidad oligárquica, feudalista, él, sin embargo, seguía avanzando en el terreno de las inquietudes sociales y de las recreaciones literarias.

Galdós soñaba en una España de comprensiones. Sus personajes, aun los de más proterva proyección, los vemos nimbados de una posible coyuntura de nobles acciones. Su humanidad lo esclarecía todo. Fué objetivo, con realidad de horizonte y profundidad de raciocinio. No busquemos en sus personajes enrevesamientos psicológicos, sino acciones directas para la conquista de la vida. Su preocupación es dar carácter a todo, a los entes artísticos y al medio. Y en verdad que esta temática era ya un apostolado. El carácter flaqueaba en la robusta alma española y era preciso reconstruirla con dosis de carácter. Si nos fijamos en sus héroes, los veremos simbolizando una virtud esencial, pero en acción de lucha. En este aspecto simbólico de sus creaciones alcanzó inmortalidad. El crítico inglés Arthur L. Owen, refiriéndose al *Torquemada* de Galdós, dice: "Este avaro del genial español merece vivir entre los grandes avaros de la ficción. En *Torquemada*, las dos pasiones paralelas de la tacañería y de la voracidad quedan cuidadosa y claramente diferenciadas; pero Galdós no ha hecho de él ni una caricatura, como en el *Harpagón*, de Moliére, ni un monstruo como el *Pére Crandet*, de Balzac... *Torquemada* es, a pesar de todo, un ser humano con derecho a nuestra simpatía... Sabe de otras emociones independientes de su avaricia. Tiene temores, esperanzas, aflicciones, ¡hasta ama! Aquí se apoya la fuerza de la caracterización galdosiana: en que ha creado una figlra de carne y hueso y no una abstracción.

Este genio creador de realidades tuvo la desgracia de no ser comprendido por la clase que representaba y se propuso vitalizar, y tampoco por la generación literaria que le siguió, la llamada del 98. La cultura española da la sensación de estar estructurada en compartimentos estancos. La generación del 98, cuya labor ha sido crítica más que constructiva, pues lo constructivo de esta generación hay que buscarlo en un equipo de profesores y políticos no literatos, no quiso o no pudo interpretar la significación de Galdós, y salvo algunas frases compasivas más que comprensivas, Galdós no existió para los Unamuno, Baroja, Azorín, Benavente y otros epígonos de dicha generación. Unos miraban hacia lo místico, Unamuno; otros hacia lo picaresco con desdoblamiento burgués, Baroja; otros a lo clásico retórico, Azorín; otros al presente con escenificación pequeño burguesa, Benavente; otros a lo barroco, Valle Inclán; mientras tanto la vida de su pueblo fluía ante ellos y no tenían ojos para verla. Por eso no comprendían a Galdós, que era realidad de pueblo en acción y transformación. Su literatura no era un placer estético, como en D'Anunzio, o un apasionamiento morboso, como en Balzac, sino una voluntad en acción de hombre para desentrañar las contradicciones del hombre frente a la sociedad.

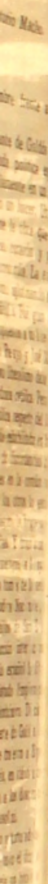
Esta función militante de Galdós le hizo centro de la contienda política española. Su obra no estriba solamente en un pensar sino principalmente en un hacer. Un hacer y un ver desmoronarse la obra que lleva en la intimidad de su corazón y pensamiento. Una obra de concordia. La entidad española la veía él como aglutinando todas las contradicciones ideales. Fué gran amigo de hombres tan opuestos a su liberalismo como Menéndez Pelayo y José María de Pereda, porque su liberalismo daba beligerancia a la ortodoxia católica. Pero no así la ortodoxia católica respecto del liberalismo. Lo que Galdós rehabilitaba en busca de una confluencia de discordancias que se hicieran concordantes en la común necesidad de convivencia, los otros lo escondían para que no se apagara la hoguera inquisitiva de las discordias. Y triunfaron al fin, recurriendo, como siempre, a la ayuda mercenaria. Uno de los tomos de la segunda serie de sus Episodios Nacionales, se titula "Los cien mil hijos de San Luis", mensajeros de la reacción internacional, para arrebatar al pueblo español la libertad que habían conquistado limpiamente contra el absolutismo borbónico. Dieciséis años después de la muerte de Galdós, los descendientes de los que trajeron a España a los hijos de San Luis, en idéntica coyuntura histórica, trajeron a los doscientos mil hijos de Hitler y Mussolini.

En un mundo demoníaco y torturado como el de España, Galdós tuvo el don de la claridad. Dió a la novela un horizonte de luz en el que se destacaban las miserias humanas, convirtiéndolas en argumento de salvación curándolas a tiempo. Fué en literatura el equivalente a Velázquez en pintura. Dió atmósfera a sus criaturas, aire físico para la función corpórea y aire espiritual para el ejercicio dinámico de las almas. En la lectura de Galdós llega un momento en que su magia narrativa nos abstrae de tal modo, que no vemos libro ni letras, es el ser del pueblo español que se anima ante nuestros ojos en manifestación individual de algún ente excelso, o en la proyección secular de los episodios.

Recorrió toda España a la rosa de los vientos y al clavel de las intimidades. Ascendió a todos los sitiales de la fama y descendió a todos los abismos del infortunio. Es tan medularmente español en letra, idea y sentimiento, que sólo los descastados le odiaron hasta hacer de sus libros autos de fe, y no en el siglo XVI sino desde 1936 a 1952. Su vida fué paralela a su obra, fiel políticamente a su pueblo y a su estilo de vida. Como anuncio de las tinieblas que se cernían sobre su patria, se le nubló la vista y ciego quedó para la contemplación del mundo, pero siguió meditando hasta el postrer momento solidario con el drama y la agonía de su pueblo, afirmando siempre la vida y acuchillado siempre por los siete puñales de la traición y el crimen.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA).



LA UNIVERSALIDAD DEL GENIO Y EL GENIO DE LA UNIVERSALIDAD

"LA vida de un hombre — decía Sigmundo Freud—son los años que aún ha de vivir hasta su muerte y no los que ya vivió". Claro está que ése Freud, sabio y diserto profesor, paradójico y funambulesco, inventor del psicoanálisis e intérprete de sueños, teórico de la risa, señalador atrabiliario de inter-reflejos sexuales, tenía a veces (si no siempre) reacciones de humorista. Con esa manera del humor sesudo, sembrador de verdades, rara en la mentalidad germánica, como la de Freud lo era. Irresistible, en cambio, y profunda, cuando alguna vez en tal mentalidad se instala. ¿Hace falta recordar ahora (y basta) la sentimentalidad irónica, o la ironía sentimental, de Enrique Heine, y todo el malabarismo que entre las dos guerras últimas fué sembrando por el mundo la barbilla faunesca y filosófica del conde de Keyserling, cumplidos ejemplos ambos de germánico humorismo?

Me llega el recuerdo de Freud mientras se conmemora en Francia el quinto centenario de un nacimiento ilustre: el de Leonardo de Vinci, en Francia muerto, en el castillo de Ambroisse, 430 años ya cumplidos ahora mismo. Precisamente porque la vida de Leonardo, "su vida", son estos 430 años de presencia, de ser hombre de su tiempo en cada tiempo, de ser siempre "hombre de hoy", como no lo fuera en los años extinguidos de su vida corporal, de haber "vivido" intensamente 430 años en la densidad de su obra. ¿Hay acaso en nuestro tiempo hombre más de nuestro tiempo que Leonardo de Vinci?

¿Leonardo de Vinci, hombre-clave del Renacimiento y tipo renacentista? La crítica, la historia, la costumbre, así lo catalogaron. Pero siente uno (o presiente) que algo separa a Leonardo de su época, y aun de los hombres de su propio tiempo, y ese algo (modo suyo) precisamente a nosotros le aproxima y en nuestro tiempo le pone.

¿Ese algo, manera leonardesca? Para comprender la razón, y las razones actuales de Leonardo de Vinci, esa "presencia" suya en nuestro tiempo, y su potencia — nos dice ahora el profesor René Huyghe cuando la conmemoración del quinto centenario empieza — preciso se hace revisar cuanto por fenómeno Renacimiento hemos venido entendiendo. El fenómeno artístico, el político, el filosófico. Todo lo que el Renacimiento significa, o cuatro siglos de historia le atribuyen. Porque no cabe Leonardo en la pintura sola. Porque no hay, además, "un" Renacimiento, como no hay tampoco "un" espíritu renacentista. En cuanto hubo dos. Y aun profundamente se separan. Y aún se oponen aunque hermanos sean. Un Renacimiento, primero, con substancia y resultancias que en el retorno hacia un pasado cierto, hacia el mundo antiguo descubierto, se originan, y otro que hacia el porvenir se orienta y hacia el descubrimiento de cuanto ha de ser se entrega. Hacia Platón vuela el primero, deslumbrado. De pensamiento platónico se embriagan los grandes renacentistas de la primera hora. Y la reconquista de la Edad de Oro antigua, durante todos los siglos precedentes enterrada, precisamente ponen en esa resurección platónica que a los Médicis deslumbra, ilumina el pensamiento de un Marsilio Fisín y sanciona la fundación de la Academia bajo el signo de Platón. ¿Hallazgo al final de ese camino? Esta convicción rotunda: en filosofía, como en arte, sólo queda un quehacer al hombre: percibir en la naturaleza (¿apagado, bastardo?) ese reflejo de ideas que en perfección absoluta son fatalmente anteriores a todas las creaciones. Ante el pasado situarse. Contemplar y admirar. E imitar... Ideas-madres, diría más tarde Goethe. Y todo es así retorno (contemplación o acción) en este Renacimiento. Retorno histórico a ese modelo insuperable que ya se hizo el mundo antiguo para toda eternidad. Retorno aún, intelectual, hacia ese origen de toda obra valedera que es la belleza en sí misma. Entendida y aceptada una belleza preexistente, canon invariable, anterior a la investigación y a todo esfuerzo, apenas aptos para despertar la reminiscencia de aquella belleza antigua, artística, histórica, filosófica. ¿Podía ser otra cosa la tentativa renacentista, por esta vía lanzada, sino una ascensión penosa (fecundidad en la pena) hacia los orígenes absolutos, e inmutables, e ideales, históricos todavía, en busca de aquellas reglas que mejor den su secreto? Esa preocupación domina, y es principio director, desde Mantegna hasta Piero de la Francesca, Bellini, Carpaccio, Giorgione... hasta el mismo Rafael.

¿Leonardo? ¿Qué tiene de común Leonardo con esa tentativa como no sea el eco del pensamiento en su tiempo dominante que en todo contemporáneo fatalmente resuena? ¿Quién puede hallar en aquel camino hacia el origen, hacia la filosofía o la belleza preestablecidas, ni las curiosidades inquietantes ni la investigación leonardescas? ¿El pasado? ¿Sus reminiscencias? Leonardo las olvida. Porque no están en su mundo. Ni en su mundo caben. Y todo entero en lo que es actual se vuelca. Analiza. Escruta. Adivina. De actualidad se embriaga. Y no ciertamente para hallar en lo "actual" acceso a un ideal o modelo primeros. Y aun más busca en la naturaleza misma el porvenir que el presente. Hacia el futuro se mueve, en cuanto su mundo "no es" y se ha de hacer. Conquista de lo desconocido, jamás terminada. La observación y el conocimiento, instrumento de conquista. Por eso es pintor Leonardo, y escultor, e inventor al mismo tiempo, matemático, arquitecto, filósofo, ingeniero... ¡El mundo que viene! ¿El pensamiento? Mecanismo que rueda sobre cuanto los sentidos y la experiencia aportan. Y de esa manera se pensamiento, y de ella sola, el conocimiento nace, y formas nuevas concede, insospechadas y lógicas, a cuanto aporta la experiencia y acumula. La observación, avanzada de la ayuda. En esa evolución (¿por qué no revolución?) que un Roger Bacon inicia desde el siglo XIII, nueva concepción del pensamiento que en la experiencia se funda, examen de la naturaleza (ya se dijo "ciencias experimentales"), con derecho pleno sitúase Leonardo. Por ese ventanal abierto hacia un mundo que comienza, hacia nuestro propio mundo llega.

Esencialmente por eso, el arte no es para Leonardo un intento de marcha, o la marcha, hacia bellezas ideales antiguas cuyo secreto perdieron los hombres de la Edad Media. Ni reconstruir leyes preestablecidas. Ni principios. Ni cánones. ¿Algo más esencial aún? Para Leonardo el arte es ante todo y sobre todo un instrumento de conocimiento. Interroga ciertamente su mirada el mundo externo y no se ejercita en ese juego de las virtuosidades que consiste en copiar apariencias. Es artista y es sabio porque del sabio, en él, no se distingue el artista. Su particular camino toma solamente (el del artista), la pintura, la vista, siempre en marcha, sin embargo, hacia su fin. Así se explica, y sólo así, que tantas obras inacabadas en su vida quedasen, y tan pocas, en cambio, enteramente cumplidas. Pero ¿acaso fué alguien más lejos que Leonardo en la perfección de lo terminado? Se detiene el artista porque el hombre de ciencia se satisface cuando la curiosidad se calma porque hubo descubrimiento. El suyo. Aunque para nosotros incompleta la obra se quedara. ¿El arte, en fin, para Leonardo? Un procedimiento de investigación.

Ahí está el secreto de la misteriosa presencia de Leonardo de Vinci. Mientras con su perfección armónica, en nuestro horizonte humano se aleja el Renacimiento, por muy nostálgica que todavía su llamada sea, inactual y nostálgica, edad de oro que a nuestra espalda queda, Leonardo nos sigue, compañero de ruta, hermano mayor en el umbral de nuestra civilización alzado, nuestro como acaso no lo fuera nunca de los hombres de su tiempo.

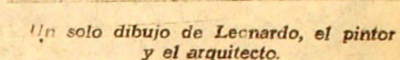
Se conserva en el museo de Turin el único autorretrato que dejara Leonardo. En plena vejez la efigie. Profeta de la ley antigua que señala mundos a venir. Sesenta y siete años ya vividos. Conocedor del pasado humano. Presentía el futuro. Y lo animaba. Ante este autorretrato se detiene uno y el fin de un mundo descubre. Con el alba del nuestro. El avión, la nave submarina, las industrias químicas, el complejo matemático, la intimidad de la materia, las posibilidades de la energía mecánica... la múltiple inmensidad del arte, ya los había concebido Leonardo. Han sido necesarios cinco siglos para que dominasen el cielo las alas que su genio entreviera. Tuvo la concepción del mundo nuevo precisamente en cuanto intenta poner todas las potencias de la naturaleza al servicio del hombre. Leonardo, pintor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor... El genio de la universalidad. De hoy le distingue que mayó nuestro tiempo el espíritu universal. ¿Por la inmensa amplitud de hoy en los dominios científicos? ¡Quién lo sabe! Leonardo es más de hoy, en todo caso, que ese producto típico de nuestro tiempo llamado un especialista. No en vano decía al morir, en el castillo de Amboisse y queda ahí su testamento: "Yo continuaré".

J. B. TOLEDO.

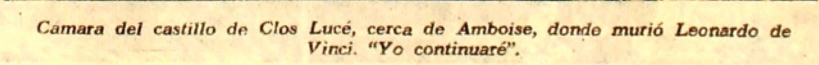
París, 1952.

(Especial para EL DIA).

1943. Ruinas de la iglesia y refectorio de Santa María de Gracia, en Milán, destruída por un bombardeo. En un rincón, a la derecha, cubierta por madera y ladrillos que la protegieron, sobrevivió al desastre la "Cena" de Leonardo.



Un solo dibujo de Leonardo, el pintor y el arquitecto.



Camara del castillo de Clos Lucé, cerca de Amboise, donde murió Leonardo de Vinci. "Yo continuaré".

LA NOVELA D



Don Antonio Raimundo Ibáñez. Retrato por Goya.

TAL vez en algún hogar uruguayo de ascendencia gallega se conserve todavía, como recuerdo de los abuelos, alguna pieza de loza o "china opaca" de Sargadelos. Será una figurita delicada o grotesca, un tintero o escribanía, una sopera o una fuente monumentales, un florero o un aguamanil, o sencillamente un plato, con ornamentación pintada a mano o estampada, en uno o varios colores. Los colo.es en estas piezas son de fina, agradable tonalidad, y a veces tienen un delicioso esfumado. Los dibujos son muy variados, predominando las flores y los paisajes fantásticos, chinescos o románticos. En otros casos, aparecen vistas de ciudades o escenas del Quijote. Las más modernas de estas creaciones tienen casi cien años y con frecuencia se mantienen en buen estado. El material de que están hechas es noble, apretado, resistente; a veces ostenta esa caprichosa red del cuarteado o "craquelé" que acrecienta su belleza.

En las viejas casas de mi ciudad natal, que no queda lejos del lugar donde estuvo la fábrica, solía yo ver, en mi infancia, esos ejemplares llenos del encanto de las cosas familiares y amadas. ¡Cómo me divertían aquellos Mambrús cómicamente sentados, con su casaca azul y su sombrero de candil! A los lados de la pequeña imagen, que estaba cubierta de un fanal, sobre la cómoda, había dos historiados floreros sargadeleños de varios brazos; por la cocina rodaban, recios vencedores del trasteo de muchos decenios, varios platos de dibujos azules. No se les daba entonces a estos objetos mayor importancia; se los trataba con la llaneza con que se trata a antiguos conocidos, a parientes; se les quería por ser viejos en la casa pero no se pensaba que pudiesen tener un valor cotizable. Ahora, en cambio, coleccionistas y museos se los disputan a porfía. Hasta los más sencillos se exhiben en vitrinas o se cuelgan de las paredes. Ya no juegan con ellos los chiquillos, ni vienen a la mesa, ni arriesgan su vida en las manipulaciones del fregado. Gozan de la consideración de una joya, de un objeto de arte.

Y la merecen. La merecen, a menudo, por sí mismas, porque son lindas muestras de un arte unas veces lleno de gracia ingenua y popular y otras refinado y elegante. Y la merecen, además, por ser resto y testimonio de una interesante manufactura gallega creada en un lugar recóndito, por el genio de un hombre excepcional, curioso exponente del espíritu progresista y emprendedor del siglo XVIII. No se sabe bien cómo aquel afán renovador y creador vino a infundirse en un hidalguillo lugareño y hacerlo soñar con atrevidas aventuras económicas. El primer impulso debió ser obra de ciertas lecturas, no raras entonces, sobre las posibilidades que ofrecían los recursos del país. Más tarde debió fortalecer aquel impulso el contacto con hombres competentes y animosos a los que acuciaba el mismo anhelo. Pero todos esos estímulos hubiesen sido nada de no haber encontrado terreno propicio en el carácter ambicioso y resuelto del joven.

Lo que él se proponía hacer, y lo que al cabo hizo, chocaba bruscamente con el ambiente agrario y tradicionalista de la tierra en que se había criado y en que iba a desarrollar sus proyectos. Hubo de vencer muchos obstáculos y hubo de lesionar intereses. En nada reparaba; iba adelante con paso firme; cuando precisaba ser duro, lo era al extremo. Por eso se hizo odioso. Era el antagonismo entre dos mundos, entre dos sistemas económicos y sociales, el uno con todo el peso de la tradición y de la masa, el otro con toda la osadía conquistadora de la mocedad. Y ese antagonismo estalló al fin en violencia. El industrialismo, que tanto hacía crecer la riqueza, adviene imponiendo sacrificios. La vida de este campeón de la nueva época termina trágicamente, pero su obra sobrevive por más de setenta años. En conjunto, la historia de la empresa de Sargadelos tiene no poco de novela. Una novela fascinadora en que hay episodios de todo jaez.

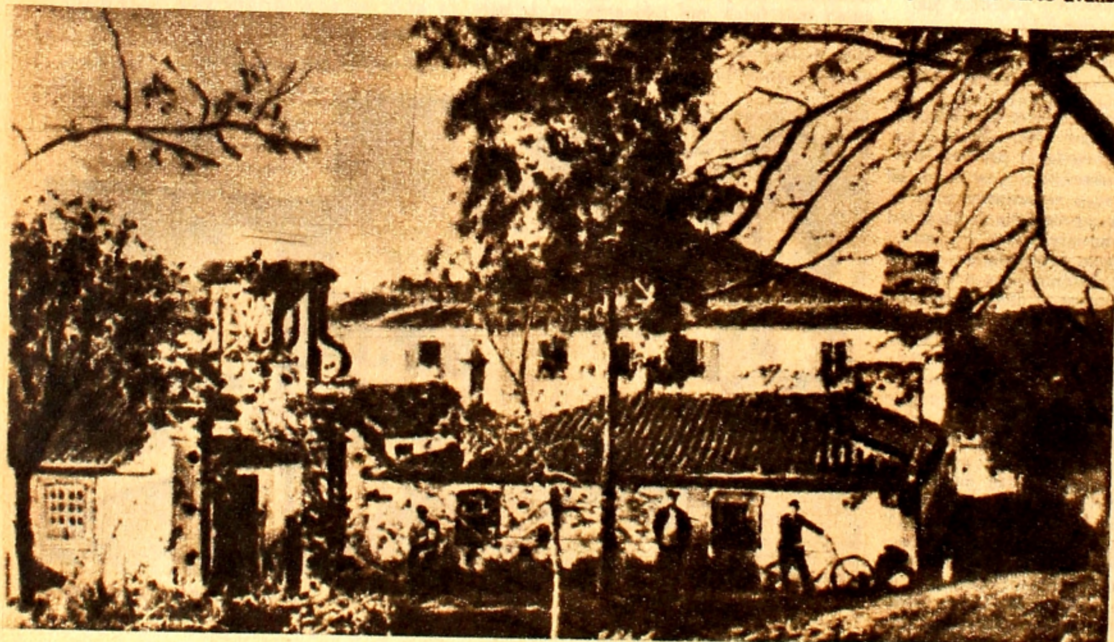
*

La novela puede empezar a bordo de un pequeño barco de vela, de un balandro, que se hace a la mar en el puerto gallego de Ribadeo, en el Cantábrico, una madrugada del año 1775. El balandro se dirige a Cádiz. En él, va un joven de unos veinticinco años, de mediana estatura. Tiene los ojos penetrantes bajo el firme arco de las cejas, una boca de labios apretados, la nariz larga y aguda, el mentón saliente y partido. A veces permanece largo rato en la proa, sentado en un rollo de cabos. A veces se pasea por la cubierta, las manos a la espalda, la cabeza inclinada, ensimismado. Lee mucho, también escribe, pero medita más. Habla poco con los marineros, pero, en cambio, hace muchas preguntas al patrón. El barco avanza lentamente por las aguas grises, que agita un viento fresc chón. Los días se suceden, tediosos, inac bables.

Antonio Raimundo Ibáñez había nací en la aldea de Ferreirola, en el límite e tre Galicia y Asturias. El padre era esc bano y pertenecía a una familia de hid gos rurales. El hijo recibió cuidadosa ed cación humanística en varios pueblos c marcanos y en la episcopal Mondoñed Más tarde era nombrado mayordomo d los señores de Guimarán, propietarios d tierras y rentas, y de un hermoso pazo s lariego, con torre, capilla y balconada, s bre la costa de la ría. Y eso seguía siend ahora, bien que no fuesen asuntos de su amos lo que a Cádiz le llevaban. Iba a ge tionar el cobro de ciertas rentas perten cientes a la familia de los Pardo, de l villa de Figueras. El negocio ofrecía alg nas complicaciones, pero no eran ellas e tema principal de sus pensamientos y cálc los. Otras cosas de más aliento le ronda ban la mente.

Y en primer término, qué hacer con e dinero en cuanto cobrase. Entregarlo, sim plemente, a un banquero para que lo gira ra, le parecía estúpido. Con aquellos cau dales podía llevar a cabo alguna operació y acrecentarlos. Por ejemplo, comprando mercaderías para venderlas luego a más al to precio. La decisión había sido ya tomad cuando el balandro llegaba al puerto d Cádiz y el joven norteño contemplaba ex tasiado desde la borda aquella deslumbran te maravilla blanca y azul. En pocos días cobró las rentas, y con su importe adquiri géneros diversos. Y se embarcó con ello de regreso. Los Pardo, nada versados e tratos y granjerías comerciales, vieron e la operación una insigne locura. Dispone de fondos ajenos sin permiso del dueño le pareció condenable, y se lo echaron en cara ¿Qué iban a hacer, además, con aquellos géneros, si ellos no eran mercaderes? Ibáñez consiguió el dinero y pagó; y la venta del cargamento le dejó una pingüe ganancia.

Con este pequeño capital que la fortuna le había puesto en las manos, trató ya de lanzarse a los negocios por cuenta propia. Actúa en el Concejo de la villa de Ribadeo y conoce por entonces a D. Joaquín Cester, director de la Casa-Fábrica de Enseñanza, que había dirigido otras anteriormente, entre ellas la de Talavera. De él aprende no poco en materia de organización industrial. Luego visita diversas ciudades y, al cabo, da en la corte, donde si ganó amistades cosechó desilusiones. Nada había allí que hacer, en aquel antro burocrático y frívolo, y regresó a Galicia. Dedícase al comercio de alcoholes y al del maíz, que trae de las rías bajas; es encarcelado por contrabando, y, finalmente, da un paso de más empeño al acometer la importación de lino desde el Báltico a los puertos del norte de Galicia. Desde tiempo inmemorial, tejíanse en diversas comarcas de esta región, sobre todo en la de Vivero, excelentes lienzos, muy apreciados en el exterior. Era aquella una industria casera que nada había progresado técnicamente. En cada familia campesina había un pequeño telar donde las mujeres, en los ratos que el quehacer doméstico y la labranza las de-



Pazo de Sargadelos, residencia de Ibáñez.



Jarrón y cestillo de loza estampada e iluminada a m

SAGARDELOS

…n libres, elaboraban los famosos "vive-…. Ibáñez descubrió que el lino de Rusia … más apto que el del país para ser hi-…) en el torno y fué a buscarlo al Báltico. …l mismo tiempo funda, con dos socios …las rías bajas, la "Real Compañía Marí-…a", empresa de navegación que en bre-… tiempo deja ya estimables utilidades. …los sus asuntos prosperan, su fortuna au-…nta, vive en Ribadeo como un gran se-…, en un palacio alhajado con muebles …tosos y cuadros de Tiépolo y de Mengs. … cuando en cuando, hacía un viaje a …ldrid, para refirmar sus viejas amista-… y adquirir otras nuevas. Seguía soñan-… con aventuras de más envergadu a. Sa-…, por sus lecturas y los informes de per-…nas competentes, que por aquellas tierras …steras, próximas a la frontera galaico-as-…, debían existir importantes yacimientos …nerales que podían ser base de importan-… indust ias. Y un buen día decidió con-…mar personalmente tales anuncios. Hizo …arejar su berlina y tomó el camino real …e, bordeando la costa, llevaba a Vivero. … mitad, más o menos, del camino, se ha-…ban los lugares señalados. Palpó el cao-…n blanquísimo y fino y los recios y oscu-…s pedruscos de mineral de hierro. Echó … andar por la orilla del a-royo Junco arri-…a, y contempló las vastas tierras calvas, …ólo cubiertas de matojos rastreros. Aque-…as tierras podían llenarse de árboles que …arían leña para los hornos. Veía ya, en …n futuro no muy lejano, aquel desolado …rial poblado y animado por el t áfago de …s industrias. Tornaba de su paseo con el …lma encendida de ambiciosos planes. Fa-…igado, más de la tensión del ánimo que …el ejercicio del cuerpo, se sentó un mo-…nento al pie de un crucero campesino. Allí …e vieron —melena suelta bajo el tricornio, …hupa y botas de vuelta— algunos labrie-…gos que retornaban de sus labores. El lugar, pequeño y pobre, se llamaba Sargadelos.

Ibáñez olvida todo lo que no fuese su nuevo proyecto. Liquida sus negocios y dirige, en 1788, instancia al rey en demanda de autorización para "plantificar una fábrica de hierro con los martine'es necesarios y otra de ollas". Pide, además, que se le permita usufructuar una extensión de montes comunales —las tier-as peladas que había visto— para obtener la leña necesaria. Las autoridades locales se oponen, alegando los perjuicios que a los vecinos acarrearía la pérdida de los aprovechamientos de los montes y el rey deniega la petición. Ibáñez insiste con largos memoriales, en que expone las ventajas que la fábrica reportaría a la comarca y a la nación, y esc.ibe a los amigos para que apoyen su demanda. Sólo logra su empeño cuando, muerto Carlos III, sube al trono su hijo, y Godoy, amigo de Ibáñez, interviene.

Ibáñez despliega entonces una actividad asombrosa. Repuebla de pinos y otros árboles una extensión de seis leguas de perímetro, monta los ingenios necesarios para aprovechar la fuerza motriz del arroyo, levanta los pabellones y hornos de la fáb.ica, casas para los obreros y las oficinas, y construye para sí una magnífica residencia con jardines y mirador. Estas obras, en las que invirtió casi toda su fortuna, duraron apenas tres años. Al cabo de ellos, Sargadelos producía una estimable cantidad de artículos de hie rc que salían por el cercano puerto de San Ciprián en incontables barcos de vela. La población fué creciendo en torno a la fábrica y aquel paraje, poco antes desierto, se llenó de vida y de riqueza.

Pero la empresa también concitó odios. No eran sólo los vecinos desalojados de sus tierras para levantar las instalaciones, privados del usufructo de los montes, sino también los ca reteros obligados al ac rreo de la leña y los obreros, que recibían salarios miserables y sufrían castigos en la cárcel de la fábrica. Ibáñez aparecía como un tirano, un explotador despiadado con resabios de señor feudal. Viéndose sostenido en las alturas, no tenía ya reparo en desafiar a las autoridades locales y a la propia Junta del Reino de Galicia, y op imir sin contemplaciones a los de abajo. Y la rabia fué creciendo hasta reventar en una terrible revuelta, en 1798. Los obreros y los vecinos de diecisiete parroquias, unas cuatro mil personas, asaltan la fáb.ica y cercan al dueño en su lujosa mansión. Ibáñez logra evadirse, pero los revoltosos queman y dest uyen a mansalva. Es una primera manifestación de huelga revolucionaria.

Ibáñez reclama reparación y castigo. Su influencia es grande. Tenía un contrato con el Estado para el suministro de municiones al ejército, y encumbrados amigos, como se sabe. Pero en la causa que se instruye salen a luz pública sus abusos y la máxima autoridad de Galicia pide que se le procese y arreste, y que se perdone a los complicados en la revuelta. T iunfa la benignidad en los tribunales e Ibáñez, mohino y descontento, restaura su fábrica. Nuevos éxitos le esperan en los negocios, y su renombre, riqueza e influencia crecen. La fundición de Orbaiceta, en Navarra, antes rival temida, pasa a depender de él. Menudea sus viajes a la corte y el gobierno, en atención a sus conocimientos y experiencia, le consulta en asuntos económicos. El rey llega a of ecerle las secretarías de Marina y Ultramar, que él no acepta; le nombra conde de Orbaiceta y marqués de Sargadelos. En una de sus visitas a Madrid conocerá a Goya y se hará retratar por él: es el cuadro que se conserva hoy en el Museo de Baltimore y que antes presidió el local de la administración en la fábrica de Sargadelos.

E a Ibáñez tan duro de carácter en el manejo de sus negocios como refinado en sus gustos, amante del arte y amigo de la suntuosidad y confort en el vivir. Cuando se propuso llevar a realización la segunda parte de su proyecto, la fábrica de loza, desde el primer momento pensó en cuidar el aspecto estético de la producción. Sobre el arte de la porcelana y la cerámica decorada, que a tan alto nivel había llegado a la sazón en Francia, Alemania y la misma España, conversa con Goya. Pónese también en contacto con destacedos ceramistas nacionales y ex ranjeros. Su última aspiración, en este orden de cosas, era fabricar bellas porcelanas, pero Sargadelos nunca lo alcanzará a pesar de diversos intentos. Logrará, en cambio, hacer una loza de óptima calidad.

La fábrica de loza se establece en 1804. Coloca al f ente de ella a un ceramista portugués, José Correa de Saa. Se estudian los tipos de loza de Bristol y se imitan. La interrupción del tráfico con Inglaterra, que la exportaba a España, iba a favorecer la salida de los productos de la nueva manufactura. Y cuando empezaban a llegar a los mercados las vajillas, figuras, ánforas, candelabros y flo eros sargadeleños, sobreviene la invasión napoleónica. Los pueblos de España, negándose a reconocer al intruso, crean sus juntas para regir la cosa pública, en ausencia del monarca legítimo, y organizar la resistencia. Ribadeo tiene también la suya e Ibáñez forma parte de ella. Ibáñez se declara "patriota": cede al ejército los caballos de su berlina, equipa soldados y contribuye con donativos a la causa nacional. Las pa tidas atacan, en golpes sorpresivos, a los destacamentos franceses que van a exigir por aquellos pueblos sumisión al rey José. Un día llega un escuadrón de dragones, cascos relumbrantes, penacho al viento, y los miembros de la junta huyen o se esconden. Ibáñez se queda pero evita todo trato con los invasores. No importa. El viejo encono de las gentes contra él persiste. No se olvidan sus durezas, los perjuicios que ocasionó a los campesinos, el mal trato y explotación de sus ob eros. Para la vulgar opinión, hombre malo y afrancesado casi se identificaban, y un hombre como Ibáñez no podía ser un patriota sincero. Era, sin duda, un afrancesado encubierto. ¿No había estado unido en amistad estrecha con Godoy, no le había hecho regalos, no debía a esa emistad los irritantes privilegios de que gozaba?

Cuando la junta de Ribadeo se niega a ent egar a las iras del populacho a un edecán de Napoleón que tiene en cautiverio, hácese a Ibáñez culpable de tal decisión. Las sospechas se acentúan. Dícese que en sus fábricas se forjan las cadenas con que los gabachos prenden a los españoles. Más tarde, cuando las tropas francesas han salido ya de la villa, empieza de pronto a correr la especie de que en la suntuosa morada del marqués de Sargadelos se oculta la mujer de Godoy. El pueblo se echa a la calle y marcha en tropel hacia la casa. La cercan. Ibáñez —como antaño— intenta romper el cerco, escabullirse entre la multitud gritadora, amenazadora. Pero lo descubren cuando huía a caballo. En las afueras de la villa le dan alcance y lo derriban. Con rabia exasperada —con esa rabia que reflejan los aguafuertes de su amigo Goya— lo apuñalan. Luego llevan al pueblo el cadáver como un trofeo. Lo atan a la cola de un caballo y lo arrastran po las calles. La mujer y la hija han de ver, desde las ventanas de su sala, tras las cortinillas de fina blonda, el horrible espec áculo. La hija se volvió loca. La mujer, presa de dolor acerbo, falleció de allí a poco.

Así termina, trágicamente, el primer capítulo de la novela de Sargadelos, la vida de D. Antonio Raimundo Ibáñez.

*

Los otros capítulos se extienden a lo largo de siete décadas. No faltan los incidentes, las peripecias, los altibajos, pero ya no hay tragedia espeluznante. La fábrica de loza, primero en manos de los descendientes del fundador, luego en otras, siguió progresando. El punto culminan e lo alcanza, hacia mediados del siglo, con la llamada "tercera época" de Sargadelos. Es el más alegre, brillante capítulo de la novela. De Inglaterra llega, para enca-garse de la dirección de las labores, un hombre cordial y competente, Mr. E. Forester, que arraigará en el país y dejará descendencia. También se contratarán maestros franceses, ingleses


Castor y Pólux. Loza pintada.

y alemanes. La producción aumenta en cantidad y mejora en calidad. Algunas piezas, pintadas a mano —a veces fi madas— son de gran belleza. Las familias linajudas hacen importantes encargos en los que lucen su maestría los técnicos de la fábrica. En el palacio real de Madrid se come en vajilla de Sargadelos. Su fama es'á afirmada. En torno a la fábrica se ha creado una animada vida social. Los empleados ingleses han levantado sus casas en un barrio aparte donde mantienen las costumbres de la patria. Por las tardes —gale a y levita— cabalgan bajo las frondosas alamedas, a orilla del río. Hay un francés extravagante que se pasea con un zorro amaestrado. Son frecuentes en casa del director o en las de los altos empleados, las reuniones en que las jóvenes cantan dulces romanzas al piano y bailan rigodones. Se sirve el té a la inglesa en juegos que tienen dibujos chinescos o flo-ales y que han sido hechos allí mismo. En la fábrica, las "pincelistas" entonan a coro canciones populares mientras decoran una fuente o un Mambrú. Al fondo de esta estampa ochocentista hay una blanca goleta, la "Sargadelos", que arriba o que parte.

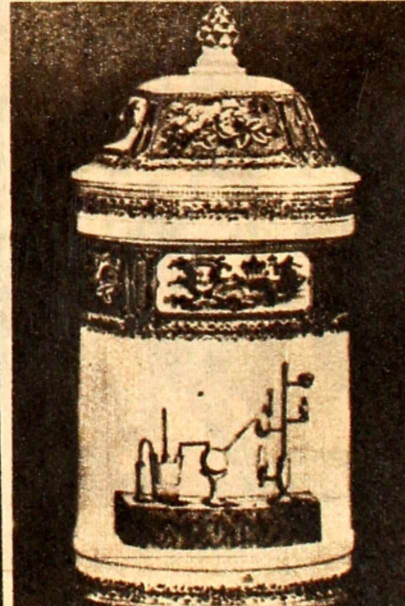
En 1870 comienza el ocaso. Dura cinco años. Hay en el aire como un presentimiento de declinación. Ya no tienen las obras de la fábrica la calidad de las de antes. El personal extranje-o se va casi en su totalidad. Las veladas románticas en las noches de invierno, las excursiones veraniegas a los cerros vecinos, de las que se regresaba cantando canciones de diversos países, aquella animación y gozo de antaño, todo fué acabándose. Sólo quedaban algunos operarios, cada vez menos, que copiaban sin gran fortuna los viejos modelos. Aquello no era ya más que un eco de la pasada grandeza. Y el eco también se extinguió. Hoy Sa gadelos es tan sólo una ruina solitaria y silenciosa. Volvió al silencio originario, a la soledad esquiva de aquellos montes cantábricos de donde lo hiciera surgir, como mágicamente, la recia voluntad de un hombre. Si el primer capítulo de la novela es trágico, el último es melancólico.

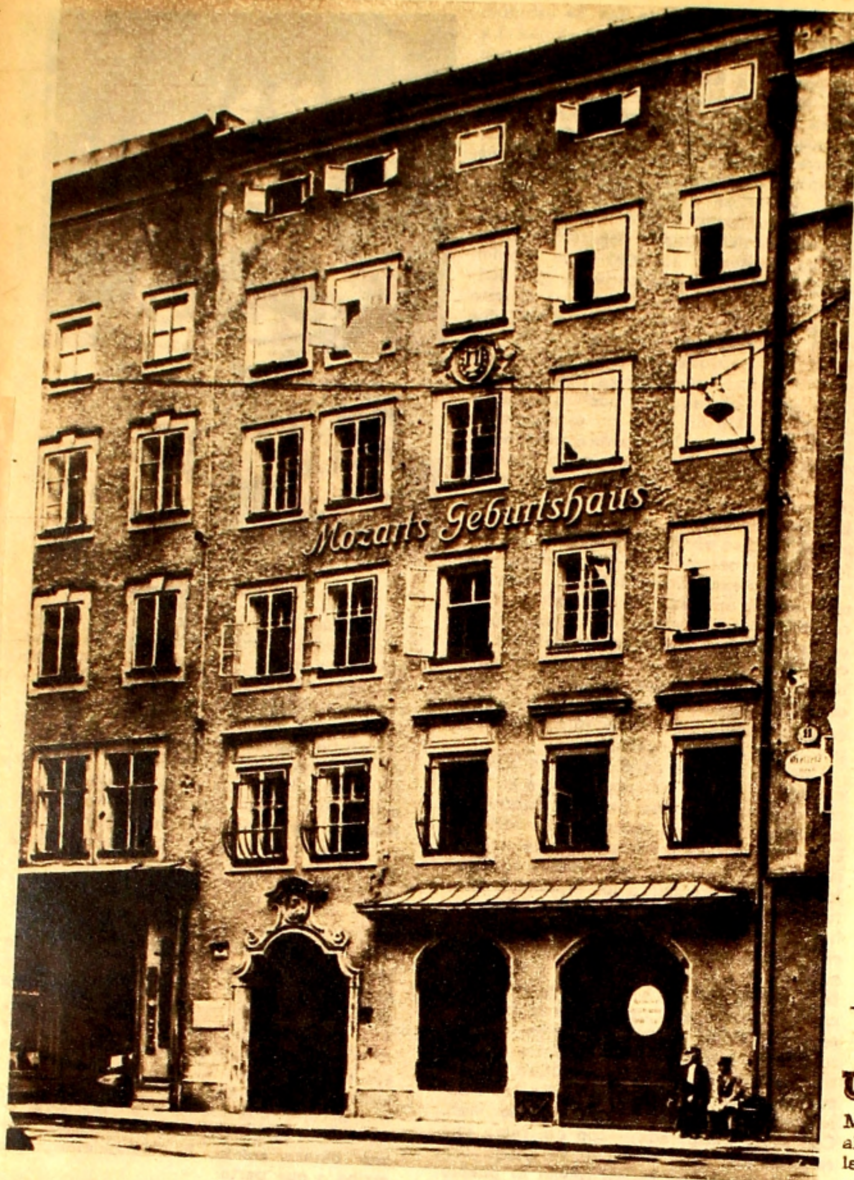
Luis TOBIO.

(Especial para EL DIA).

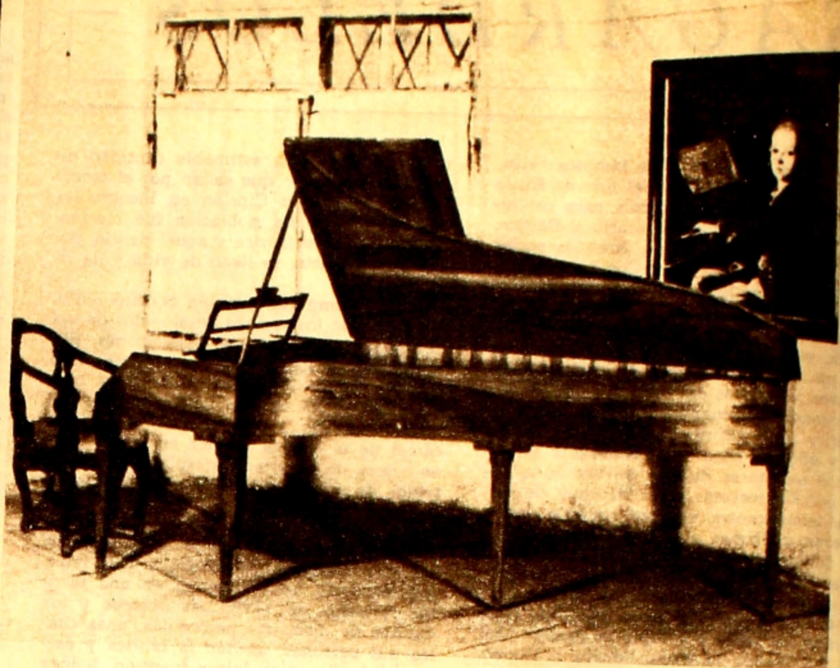

Otras piezas de Sargadelos con decoración floral.




Anfora y bote de farmacia, tipo "góndola".



La casa en que nació Mozart, en Salzburgo.



La habitación en que nació Mozart (1756), el piano en que componía, y un oleo que lo representa en su juventud.

SALZBURGO, milagro de una ciudad

UN viaje a Salzburgo es un peregrinaje: para el músico por ser la ciudad de Mozart; para el hombre de teatro por ser allí donde, con la creación de los festivales más célebres, Max Reinhardt inició una nueva etapa del arte dramático; para el amigo de las letras modernas, por ser en Salzburgo donde se reunían muchos de los grandes escritores europeos, en la casa de Stefan Zweig, cuando ésta era algo así como el centro de todo un movimiento humanista; para el arquitecto porque en pocas partes del mundo la imagen de una ciudad dieciochesca, con sus suntuosos templos y sus casas burguesas adaptadas al ambiente natural, han quedado tan mara-

"La novia vendida" de Smétana, representada en un teatro de 800 localidades en una ciudad de menos de cien mil habitantes, por la compañía de ópera estable.



Iglesia franciscana al pie de un castillo feudal.



Una vista panorámica de la encantadora ciudad de Salzburgo

villosamente guardados. Y, al fin, para cualquier persona sensible y abierta a la belleza, porque la absoluta perfección de Salzburgo en todo sentido sobrecoge cada vez de nuevo.

Hoy, la ciudad entre las montañas y a las orillas de su caudaloso río es algo más que la capital de una provincia austriaca. La situación política le ha dado nuevamente importancia, bien distinta pero sin embargo comparable al gran papel que desempeñó en largas etapas de su milenio pasado. Viena, la metrópoli, casi recuperada ya de los horrores y devastaciones, sigue ocupada por las cuatro potencias y está rodeada por un ancho cinturón ruso. Salzburgo, en cambio, es el cuartel general de los norteamericanos en Austria, y su punto de enlace entre varias guarniciones importantes en Europa. La ocupacion norteamericana significa para la ciudad, una fuente de bienestar. La casa natal de Mozart convertida en museo que en otro tiempo sólo se vió visitada en la época de turismo, está ahora llena de jóvenes soldados yanquis que, gustosamente pagan la entrada y compran reliquias que en su propio país no pueden obtener. Las iglesias barrocas son admiradas porque nada parecido existe en "God's own country". El tránsito en las estrechas calles y callejuelas es ahora, durante el año entero, como antes era solamente en la época de los festivales. El Teatro Municipal, anteriormente solo un buen teatro cualquiera en una ciudad mediana, ha adquirido importancia y nivel destacado con tantas visitas extranjeras como atrae el cuartel general de la primera potencia mundial. En la platea, los oficiales de muchas naciones, ávidos de manifestaciones culturales, de la música austriaca, y de la finura del ambiente en que flota aún hoy, 34 años después de su infeliz destrucción, algo del espíritu "imperial-real" de la monarquía austro-húngara. Salzburgo, internacional desde tiempos inmemoriales por su ubicación feliz en el cruce de los dos grandes ejes europeos — el Sur-Norte, que une lo latino con lo germano y, el Este-Oeste, que acerca lo eslavo a lo occidental — es nuevamente "ciudad del mundo" después de haber dormido un tiempo sobre los laureles de un ilustre pasado, y visitada únicamente por turistas que conocían la justa fama de su incomparable belleza.

Austria se bate hoy contra graves problemas políticos y económicos. Las bases de su riqueza nacional se hallan en manos de los rusos, el país sigue, a pesar de ser considerado "liberado", y no "ocupado", dividido y sujeto a las resoluciones de las potencias que ganaron la guerra hace siete años. Sin embargo, el feliz espíritu y temperamento del austriaco, ha hecho posible que la ocupación se convirtiera en una amable convivencia. Esto se ve, ante todo, en Salzburgo. Es como si la antigua cultura hubiese subyugado al representante del joven país: el americano rinde a diario sincero homenaje a los bienes que gracias a sus dólares puede gozar pero jamás comprar. Vuelve a su gran país enriquecido por haber tocado con sus manos las hojas en que Mozart escribió en una buhardilla. Futuros historiadores determinarán la importancia que sobre la cultura norteamericana ejerció la larga estada de sus tropas en centros culturales de Europa...

No es la primera invasión que ha sufrido Salzburgo en su larga historia. Es este el inevitable destino de las ciudades ubicadas en los cruces de milenarios caminos. Pero son ellas las más cultas, las más universales; son el más vivo reflejo de la historia de la Humanidad. Y son los centros donde se renuevan, se rejuvenecen las fuerzas espirituales del hombre en su eterna lucha por el ideal.

Pequeña ciudad de Salzburgo — medida con la vara de las urbes americanas que mi pie recorre desde hace años — nunca vi tan claramente tu belleza, nunca reconocí tan claramente tu misión, nunca sentí como ahora tu fuerza indestructible desde que he andado por el mundo y vuelto hacia ti, por unos pocos días...

Salzburgo, abril de 1952.

Kurt PAHLEN.

(Especial para **EL DIA**).



El drama "Jeremías" de Stefan Zweig, representado en el Teatro Provincial de Salzburgo.



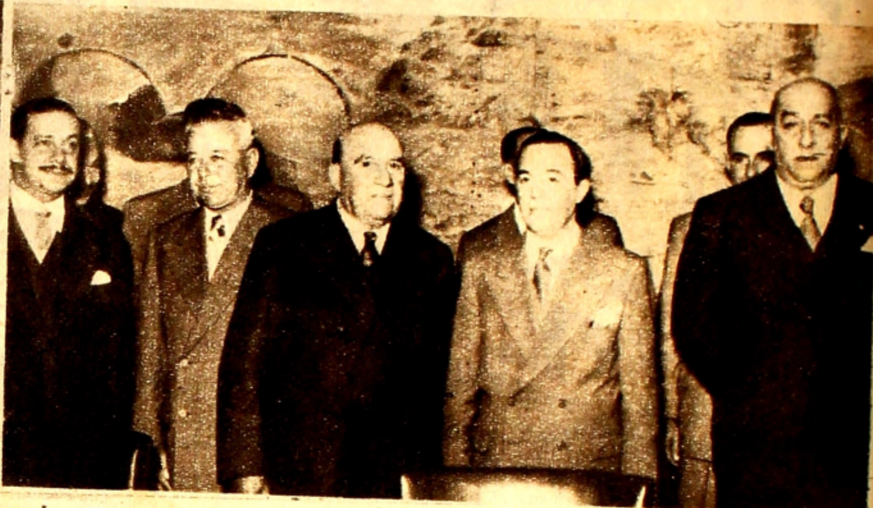
Personal de los Talleres Generales de la U.T.E. despidieron a sus compañeros señores Enzo Balmelli, Pedro Albano y Julio H. Pérez, ofreciéndoles sendas medallas como testimonio de afecto.



Los profesores del Liceo de Enseñanza Secundaria de Pando, ofrecieron un homenaje a su Director, señor Wilfredo Pi que después de cuarenta años de servicios administrativos y docentes, ha obtenido la jubilación.



El Intendente de Montevideo, don Germán Barbato, visitó el nuevo local de la Asociación Coral, cuya obtención facilitó para que la prestigiosa corporación realice su obra de cultura. Acompaña al señor Barbato, entre otras distinguidas personalidades, la directora señorita Nélida Muller.



Los miembros del Directorio de A.N.C.A.P. que preside el Ingeniero don Juan P. Fabini, tomaron posesión de sus cargos con la presencia del Ministro de Industrias y Trabajo, Dr. Héctor Grauert.

INFORMACION GENERAL



Los funcionarios de la Tesorería General de la Nación, realizaron un homenaje al señor Carlos A. Decurnex, Inspector General de Servicios, que después de 50 años de ininterrumpida actuación, se ha jubilado.



La Peña Andaluza festeja anualmente la fiesta típica "Cruz de Mayo" que se realiza con motivo del advenimiento de la Flor, y constituye una de las tantas fiestas mayas.



Tomaron posesión de sus cargos los miembros del Directorio del Banco Hipotecario, presidido por el señor Orestes Lanza.



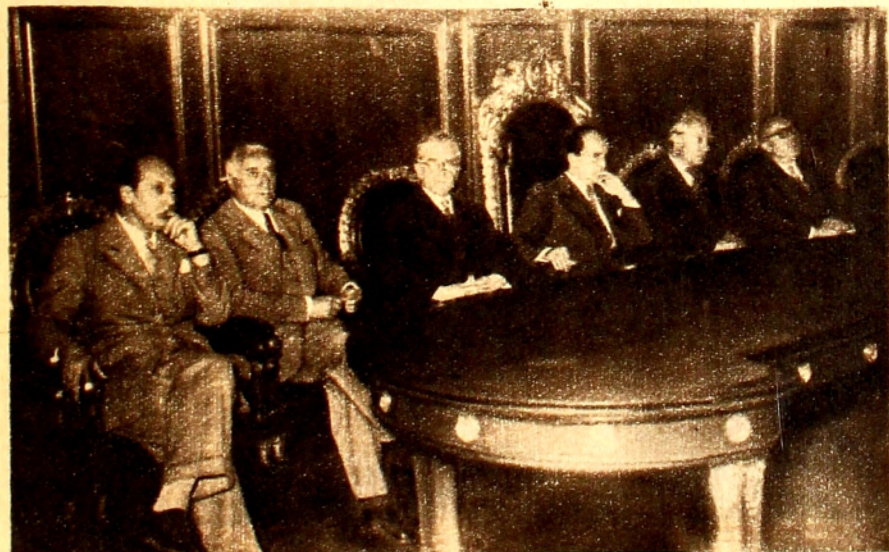
Equipo de Durazno, Campeón de Futbol del Interior de la República.

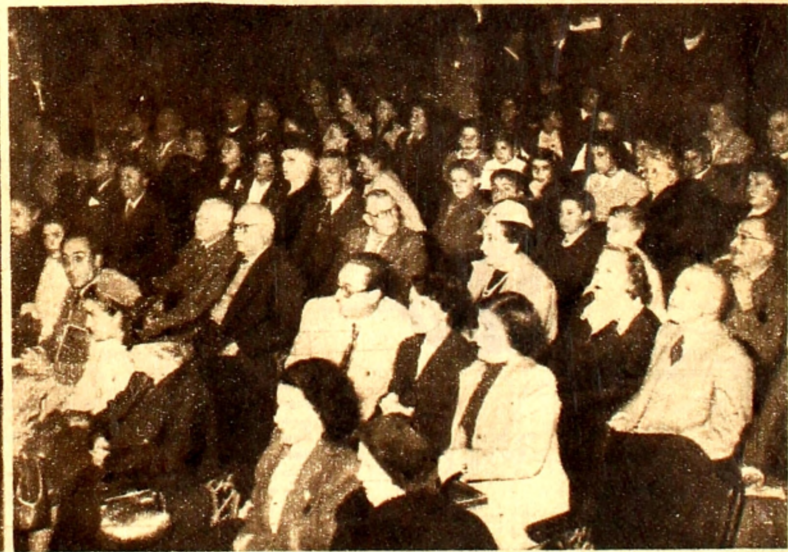


Las senadoras doctoras Isabel Pinto de Vidal y Juana Amestoy de Mochó, recibieron el homenaje de nuestros correligionarios por su labor parlamentaria. Aparece en la nota la cabecera de la mesa con nuestras distinguidas legisladoras acompañadas de los señores Consejeros Alvarez Cina y Brause.

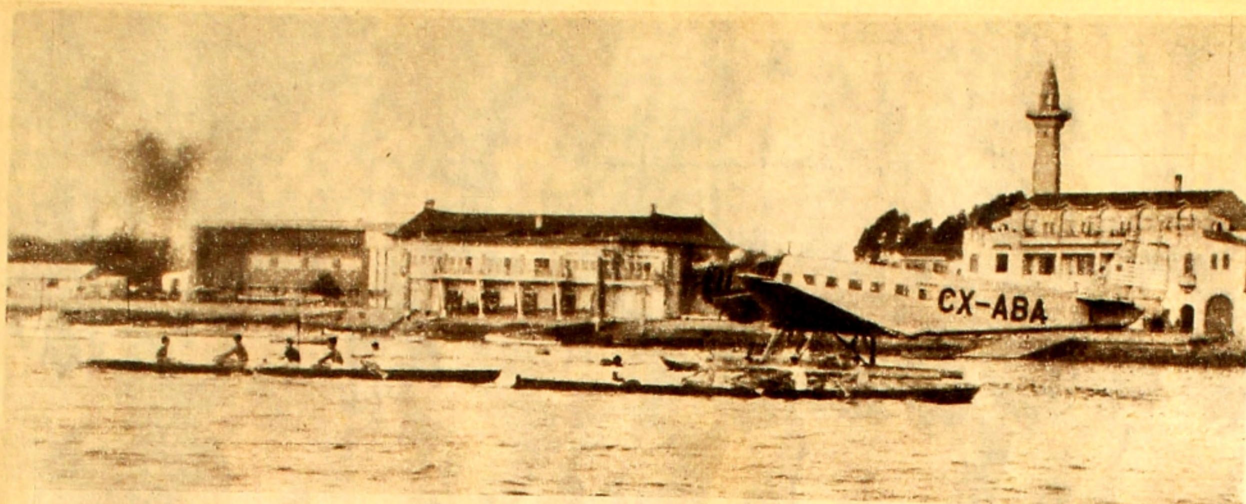


Homenaje a la Profesora Sra. Blanca Samonati de Parodi, designada para integrar el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, y a la doctora Isabel Pinto de Vidal, que fué elegida 2º Vicepresidente del Senado.





Conmemoración académica del primer centenario del nacimiento del sabio biólogo español don Santiago Ramón y Cajal, acto realizado en el Paraninfo de la Universidad con asistencia de representantes del Consejo Nacional de Gobierno, Ministerio de Instrucción Pública y autoridades universitarias. Aparecen en las notas el estrado que presidió el acto y parte del público asistente.



Nuestros viejos clubes de remo de la bahía cobran especial animación cuando se desarrollan sus competencias internas.

COMPETENCIAS DEL MONTEVIDEO ROWING CLUB



H. Otero, otro vencedor en cadete scull con su entrenador Sr. Baldomero

DESPUES de largos años de alternativas destacadas, el Montevideo Rowing Club consiguió prestigio y amplia popularidad por el fervor y la hidalguía de sus desempeños.

Viene bregando desde los albores deportivos del país y en el curso de sus esfuerzos alcanzó posiciones que desde hace tiempo le acreditan como institución de hermosas directrices, poseedora además de local, que es un cómodo centro de cultura física, digno del apoyo que obtiene, año a año, de la juventud enrolándose en sus filas.

El Montevideo Rowing Club celebró en estos días sus 78 años de intensa y próspera labor, reuniendo gran cantidad de sus adictos en diversos actos desarrollados con la esperanza de continuar el engrandecimiento.

Las regatas internas ofrecieron agradables aspectos precisamente por el buen número de competidores y los resultados obtenidos que en forma firme alientan para nuevas jornadas.

Debemos agregar que la Administración Nacional de Puertos, por intermedio del miembro de su Directorio, el Sr. Horacio García Méndez, procedió a hacer entrega del trofeo instituído al efecto y ganado por el Montevideo Rowing, en cuyo nombre agradeció su presidente, el Dr. M. Jaureguy.

El acto, definido con precisos y emotivos rasgos por el Sr. García Méndez, alcanzó simpáticas proyecciones, sobre todo por lo que estas mismas reuniones han de influir en un rotundo aumento de ánimo para que las entidades de remo, tan abnegadas, continúen en su grata gestión.



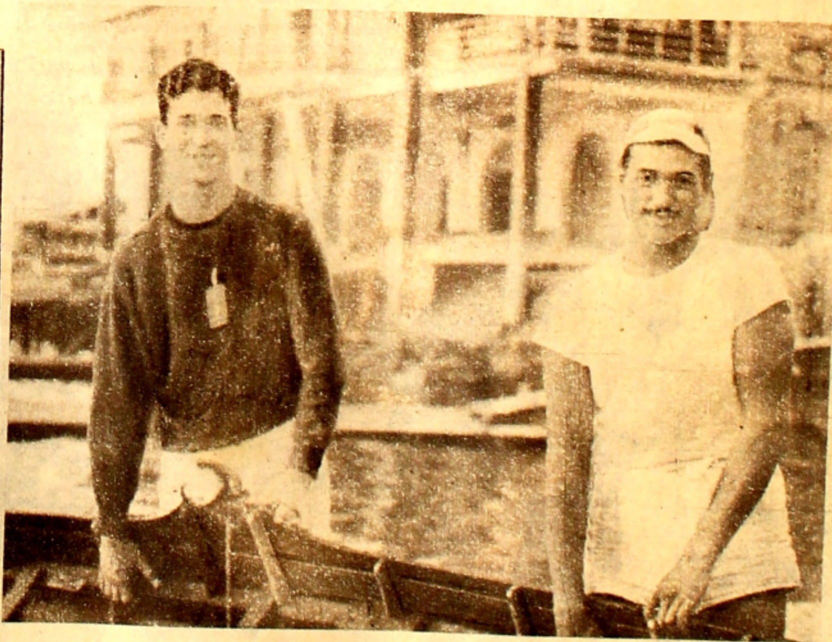
Cadete four, ganador integrado por R. Pronunciato, E. Urquizún, A. Miró y tim. H. Suárez.



Vencedores en cadete four para remeros que nunca hubieran corrido: A. Masone, F. Curuchet, F. Orentraich, tim. H. Suárez, faltando en la foto M. Doroni.



Oscar Miró, ganador de cadete scull.



Amadeo y Alfredo Fernández que triunfaron en novicio gig

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS ®



